

SECRETOS Y REPETICIONES: LO TRANSGENERACIONAL EN COMO AGUA PARA CHOCOLATE DE LAURA ESQUIVEL

ARMANDO ISRAEL ESCANDÓN MUÑOZ

Licenciado en lengua y literatura hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestro en Historia del arte (UNAM). Maestro en Psicoterapia de las Adicciones por el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES). Cofundador de Taller Maladrón. Correo electrónico: a.escandon.psicoterapia@gmail.com; armandoescandon@gmail.com

Recepción: 10 de abril 2023/ Aceptación: 02 mayo 2023

RESUMEN

Sigmund Freud, merced a su gran cultura general, de modo constante echó mano de diversos recursos de la cultura para poner en juego los alcances del psicoanálisis, que, cuando sale del ámbito clínico, se conoce como “psicoanálisis aplicado”; veta que debe seguirse explorando, dada su gran relevancia –por ejemplo, piénsese en el propio concepto de Edipo, concepto esencial en la clínica psicoanalítica, que proviene de la literatura–. Por otro lado, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI, la clínica de lo transgeneracional –con una gran influencia del psicoanálisis– ha tomado auge como un recurso para explorar el tema del inconsciente familiar más allá de las generaciones.

En ese sentido, el argumento de Como agua para chocolate de Laura Esquivel permite poner en juego diversos conceptos del psicoanálisis y lo transgeneracional como “recordar, repetir, reelaborar”, fantasma, cripta, identificación alienante-desidentificación, entre otros. Así, la apuesta de este trabajo es explorar la trama de Como agua para chocolate con base en el psicoanálisis aplicado y lo transgeneracional.

PALABRAS CLAVE: psicoanálisis aplicado, transgeneracional, secretos, repeticiones, Como agua para chocolate de Laura Esquivel; relación madre-hija; delirio y psicosis; identificación alienante-desidentificación.

SUMMARY

Sigmund Freud, thanks to his great general knowledge, constantly made use of various cultural resources to bring into play the scope of psychoanalysis, which, when it leaves the clinical field, is known as "applied psychoanalysis"; vein that should continue to be explored, given its great relevance –for example, think of the very concept of Oedipus, an essential concept in psychoanalytic clinics, which comes from literature–. On the other hand, throughout the second half of the 20th century and the first decades of the 21st century, the clinic of the transgenerational –with a great influence of psychoanalysis– has gained momentum as a resource to explore the issue of the family unconscious beyond of the generations.

In this sense, the argument of Laura Esquivel's *Como agua para chocolate* allows us to put into play various concepts of psychoanalysis and the transgenerational, such as "remember, repeat, rework", ghost, crypt, encouraging identification-disidentification, among others. Thus, the bet of this work is to explore the plot of *Como agua para chocolate* based on applied psychoanalysis and the transgenerational.

KEYWORDS: Applied psychoanalysis, transgenerational, secrets, repetitions, *Como agua para chocolate* by Laura Esquivel; mother-daughter relationship; delusion and psychosis; encouraging identification-disidentification.

RÉSUMÉ

Sigmund Freud, grâce à sa grande culture générale, n'a cessé d'utiliser diverses ressources culturelles pour faire jouer le champ de la psychanalyse, qui, lorsqu'elle sort du champ clinique, est connue sous le nom de «psychanalyse appliquée» ; filon qu'il convient de continuer à explorer, compte tenu de sa grande pertinence –on pense par exemple au concept même d'Œdipe, concept essentiel dans les cliniques psychanalytiques, qui relève de la littérature–. D'autre part, tout au long de la seconde moitié du XXe siècle et des premières décennies du XXIe siècle, la clinique du transgénérationnel –avec une grande influence de la psychanalyse – s'est imposée comme une ressource pour explorer la question de l'inconscient familial au-delà des générations.

En ce sens, l'argumentation du *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel permet de mettre en jeu divers concepts de la psychanalyse et du transgénérationnel, tels que

« se souvenir, répéter, retravailler », fantôme, crypte, favorisant l'identification-désidentification, entre autres. Ainsi, le pari de ce travail est d'explorer l'intrigue de Como agua para chocolate basée sur la psychanalyse appliquée et le transgénérationnel.

MOTS-CLÉS : Psychanalyse appliquée, transgénérationnel, secrets, répétitions, Like Water for Chocolate de Laura Esquivel ; relation mère-fille; délire et psychose; favoriser l'identification-désidentification.

INTRODUCCIÓN

Sigmund Freud, en diversas ocasiones, recurrió tanto a la literatura como a otras expresiones artísticas para auxiliarse en la teorización del psicoanálisis. Muestra de ello se encuentra en conceptos de gran calado, tales como complejo de Edipo –tomado de la tragedia griega de Edipo rey, escrita por Sófocles–, o narcisismo –el concepto se recuperó de Las metamorfosis de Ovidio (aunque su primer teórico en la clínica fue Havelock Ellis)–, o en la gran cantidad de citas de Goethe o Shakespeare que pueden leerse a lo largo de toda la obra freudiana. En cuanto a la literatura de modo directo, Freud trabajó Los hermanos Karamazov de Fiódor Dostoievski –en Dostoievsky y el parricidio–, La Gradiva de Wilhelm Jensen, así como Los elixires del diablo y El hombre de arena de E.T.A. Hoffmann –en el texto de Lo ominoso–; entre otros textos relacionados al arte –entre ellos Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, El Moisés de Miguel Ángel, Un recuerdo de infancia en Poesía y verdad (habla sobre Goethe), La elección del cofre (donde Freud se ocupó de parte de la obra de Shakespeare), etc.–.

Sirva el preámbulo anterior para argumentar que el psicoanálisis permite analizar obras artísticas mediante el “psicoanálisis aplicado” [1], pues en el presente trabajo se pretende reflexionar la novela Como agua para chocolate de Laura Esquivel, desde una concepción psicoanalítica. Centrando, de modo particular, la atención en la relación entre la protagonista de la obra, Tita, y su progenitora, Mamá Elena, así como de la relación con el resto de la familia y los efectos de las repeticiones y secretos familiares, lo cual remite al campo de lo transgeneracional.

Para ello, además de diversos conceptos esenciales del psicoanálisis, donde la obra de Sigmund Freud es primordial, se consideraron algunos elementos de autores como Jean Lacan, Melanie Klein y Françoise Dolto, así como de la clínica de lo “transgenera-

cional”, esto contemplando autores como Karl Abraham y Török, Serge Tisseron, Diana Paris, entre algunos otros autores de marcado interés.

LO TRANSGENERACIONAL

En su momento, Sigmund Freud resaltó la relevancia del individuo con un compromiso vital para sí, pero también como parte de una red familiar: “El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie ésta” (76) [5]. Así, el sujeto no sólo tiene un lazo psíquico con sus progenitores, si no con su estirpe, tal lo señala Tisseron: “La vida psíquica de todo recién llegado al mundo se construye efectivamente en la interrelación con la vida psíquica de sus allegados, y es así como, marcada por la de sus padres, lo está también, a través de ellos, por la de sus ascendientes” (12) [6].

Por su parte, Jacques Lacan resaltó el papel esencial de la familia como quien perpetúa la cultura, que entre sus elementos contiene “la educación inicial, la represión de los instintos, la adquisición de la lengua a la que se designa como materna”, y también es transmisora de “estructuras de conducta y de representación, cuyo desempeño desborda los límites de la conciencia. De este modo, [la familia] instaura una continuidad psíquica entre las generaciones cuya causalidad es de orden mental” (16-17) [7].

Así, tomando prestados algunas ideas del mundo de la pintura y el arte, para considerar al sujeto en una visión más amplia, más que en un mero retrato, hay que buscar su sitio dentro de un mural, dentro del gran mosaico familiar, en un entramado de mayor alcance y vínculos que están más allá de la propia existencia. Porque: “La familia es el sistema primario y, excepto raras excepciones, más poderoso al que pertenece una persona. Dentro de este marco, la familia está compuesta por toda la red de familiares de al menos tres generaciones...”, señalaron Mónica McGoldrick y Randy Gerson (21) [8].

En este horizonte, se está ante lo que se conoce como clínica de los transgeneracional (II). Serge Tisseron, en resonancia con lo anterior –y siguiendo las ideas de Nicolas Abraham y Maria Török–, plantea dos conceptos desde sus influencias: intergeneracional y transgeneracional. “Las primeras son las que se producen entre generaciones ad-

yacentes en situación de relación directa. Las segundas se producen a través de las generaciones: los contenidos psíquicos de los hijos pueden estar marcados por el funcionamiento psíquico de los abuelos o de los ancestros que no han conocido, pero cuya vida psíquica ha marcado a sus propios padres” (14) [6].

Uno de los conceptos centrales en la clínica de lo transgeneracional es el “fantasma”, mismo que Abraham y Török definieron así:

El fantasma es el trabajo en el inconsciente del secreto inconfesable de otro (incesto, crimen, bastardía, etcétera). Su ley es la obligación de conciencia. Su manifestación, el acoso, es el retorno del fantasma en palabras y actos extraños, en síntomas (fóbicos, obsesivos...), etcétera. [...] Se vive entonces un afecto particular que Freud ha descrito como «inquietante extrañeza» (341) [9].

Así, fantasma, suceso traumático y secreto, van de la mano. Acota Tisseron: “El fantasma resulta, pues, de los efectos sobre el inconsciente de un sujeto de la cripta de otro, es decir de su secreto inconfesable” (17) [6]. El mismo autor señaló otros tres conceptos –también tomados de la teorización de Abraham y Török–, que son esenciales en la clínica de lo transgeneracional: lo **indecible**, lo **innombrable** y lo **impensable**. El primero de ellos corresponde al fantasma, al suceso traumático, a la generación que vivió la situación, pero que al verse rebasados por el acontecimiento no pueden hablarlo. En la siguiente generación, el hijo de padres “con un traumatismo no elaborado [...], instala un clivaje que afecta no solamente a una parte de su psiquismo, sino a su conjunto [...]. Para esta generación, los acontecimientos se han convertido en “**innombrables**”, [...] no pueden ser objeto de ninguna representación verbal. Sus contenidos son ignorados y su existencia es sólo presentida e interrogada” (18-19) [6]. Para la siguiente generación, aquello que aconteció en la generación de los abuelos se ha tornado en “**impensable**”, entonces: “El niño, luego el adulto que llega a ser, puede percibir en sí mismo sensaciones, emociones, imágenes o potencialidades de acciones que le parecen “bizarras y que no se explican por su propia vida psíquica” (19) [6].

Si bien, existen otros conceptos de la clínica de lo transgeneracional, los hasta aquí expuestos permitirán desarrollar el análisis planteado en Como agua para chocolate de

Laura Esquivel desde el psicoanálisis –donde se privilegia la escucha del inconsciente– y lo transgeneracional.

ARGUMENTO, ESTRUCTURA Y PERSONAJES DE COMO AGUA PARA CHOCOLATE

La novela habla de la historia de Tita (Josefita –significa “lo que Dios multiplica”, o “engrandecida por Dios”)–, quien es la hija menor de la familia De la Garza. Aunque ella se enamora de Pedro Muzquiz, no se puede casar con él, porque la tradición dicta que la hija más chica debe quedarse soltera para cuidar a su madre, mamá Elena, hasta que muera. El libro consta de 12 capítulos, cada uno corresponde a un mes y un platillo del año, aunque de diferentes épocas: 1. Enero: Tortas de navidad; 2. Febrero: Pastel Chabela; Marzo: Codornices en pétalos de rosa; 4. Abril: Mole de Guajolote con Almendra y Ajonjolí; 5. Mayo: Chorizo norteño; 6. Junio: Masa para hacer fósforos; 7. Julio: Caldo de Colita de res; 8. Agosto: Champandongo; 9. Septiembre: Chocolate y rosca de Reyes; 10. Octubre: Torrejas de natas; 11. Noviembre: Frijoles gordos con chile a la Tezcucana; y 12. Diciembre: Chiles en nogada.

Entre los personajes principales están:

Mamá Elena: madre de Gertrudis, Rosaura y Tita. Es conservadora, tradicional y dura. Sin embargo, ella misma cuenta con un secreto en su pasado que, al develarse, permite comprender su forma de obrar –que no justificarla– y verla más allá que simplemente la mala del cuento, aunque sí simboliza un “pecho malo” para Tita.

Juan de la Garza: Padre de Tita, hombre que se casó con Mamá Elena y fue el padre de Tita y Rosaura. Murió de un mal cardíaco cuando se enteró de que su hija mayor, Gertrudis, fue producto del amor entre Mamá Elena y otro hombre.

José Treviño: Hombre afroamericano, quien no pudo casarse con Mamá Elena, porque era mulato. El México decimonónico era por demás racista y clasista. José Treviño fue asesinado en condiciones no aclaradas.

Tita (Josefita): Es la protagonista de la novela. Al ser la menor de las hijas, está obligada por la tradición a cuidar a mamá Elena hasta la muerte, por ello no puede casarse con Pedro Muzquiz, quien desposa a Rosaura, la hermana de Tita, con el fin de estar cerca de su amada, lo que provoca un triángulo amoroso.

Pedro Muzquiz: Es el enamorado de Tita y esposo de Rosaura, a quien no ama. Su personalidad es débil. Se ve rebasado por el carácter de las mujeres de la novela.

Gertrudis: Es la hija mayor de la familia De la Garza, se vuelve revolucionaria. Ella fue el fruto de los amores “prohibidos” de Mamá Elena con José Treviño, un afrodescendiente.

Rosaura: Es la segunda hija de la familia De la Garza, esposa de Pedro Muzquiz, a quien le dio dos hijos. El primero de ellos, Roberto, falleció de aparente inanición.

Esperanza: Es la hija de Rosaura y Pedro Muzquiz, estaba condenada a cuidar a su madre hasta la muerte, repitiendo la tradición familiar, pero Tita logró salvarla de ese destino, confrontando a su hermana.

John Brown: Es el médico que atendió a Tita, tras un brote de psicosis. Se enamora de ella y genera un triángulo amoroso entre él, ella y Pedro Muzquiz.

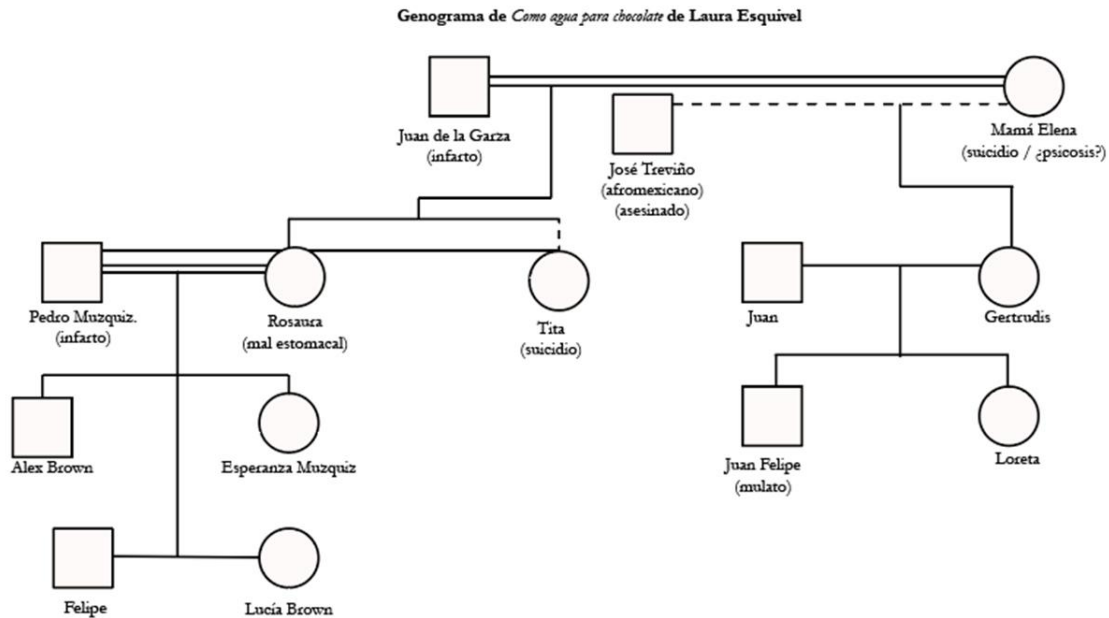
Luz del Amanecer: Abuela de John Brown, descende de los kikapús. Conocía profundamente la herbolaria, saber que le transmitió a su nieto.

Nacha: Era la cocinera de la familia De la Garza, pero muere. Ella introdujo a Tita en los secretos de la cocina y la cuidó mientras vivió. En más de un sentido, fungió como un pecho bueno para Tita.

Chencha: Era la empleada de la familia De la Garza.

Pulque: Era el perro de la familia.

Genograma de Como agua para chocolate de Laura Esquivel



(III)

MÁS ALLÁ DE LAS GENERACIONES: EL ENFRENTAMIENTO ENTRE MAMÁ ELENA Y TITA

Como ya se mencionó, Tita estaba enamorada de Pedro Muzquiz, no obstante, esa relación se tornó imposible por la tradición, por el mandato familiar transgeneracional, tal como se lo explicó mamá Elena a Tita: “Sabes muy bien que por ser la más chica de las mujeres a ti te corresponde cuidarme hasta el día de mi muerte” (17) [10].

Si bien el párrafo donde Tita expresa su inconformidad es largo, vale la pena transcribirlo completo, pues en él se cifra la explicación de la tradición, su oscuro origen y su repetición sin mayores cuestionamientos:

Sin embargo, Tita no estaba conforme. Una gran cantidad de dudas e inquietudes acudían a su mente. Por ejemplo, le agradecería tener conocimiento de quién había iniciado esta tradición familiar. Sería bueno hacerle saber a esta ingeniosa persona que en su perfecto plan para asegurar la vejez de las mujeres había una ligera falla. Si Tita no podía casarse ni tener hijos, ¿quién la cuidaría entonces al llegar a la senectud? ¿Cuál era la solución acertada en estos casos? ¿O es que

no se esperaba que las hijas que se quedaban a cuidar a sus madres sobrevivieran mucho tiempo después del fallecimiento de sus progenitoras? ¿Y dónde se quedaban las mujeres que se casaban y no podían tener hijos, quién se encargaría de atenderlas? Es más, quería saber, ¿cuáles fueron las investigaciones que se llevaron a cabo para concluir que la hija menor era la más indicada para velar por su madre y no la hija mayor? ¿Se había tomado alguna vez en cuenta la opinión de las hijas afectadas? ¿Le estaba permitido al menos, si es que no se podía casar, conocer el amor? ¿O ni siquiera eso? (17-18) [10].

Las líneas anteriores ponen de manifiesto preguntas importantes que, sin embargo, se pierden en las grietas del tiempo: ¿Quién inició tan dura tradición? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿Por qué justo afectar a la hija menor? Interrogantes que se quedan sin respuesta y que únicamente permiten hipotetizar que en algún momento tuvo lugar un suceso traumático, un acto ominoso, un fantasma que pasó de generación en generación en la familia de mamá Elena, hasta llegar a la época de Tita, quien, a diferencia del resto de mujeres menores de su clan, decidió ir contra los mandatos familiares.

Resulta importante señalar que desde su nacimiento, Tita fue marginada por mamá Elena. Entre los símbolos que Laura Esquivel usó para augurar la pesada vida que tendría la menor de los de la Garza, narró el nacimiento de Tita en medio de un llanto oceánico, de hecho cuando las lágrimas de la recién nacida se secaron, cristalizaron en cinco kilos de sal, que se usaron para cocinar por vario tiempo. No obstante, el evento más duro, tuvo lugar sólo dos días después, el padre de Tita falleció de un infarto; esto provocó que a mamá Elena se le fuera la leche y, por ende, no pudo amamantar a su hija, quien sobrevivió gracias a que Nacha, la cocinera de la familia, prácticamente la adoptó y le transfirió todos sus saberes. En términos psicoanalíticos, Nacha realizó función materna con Tita: “desde ese día, Tita se mudó a la cocina y entre atoles y tés creció de lo más sana y rozagante” (14) [10]. Nacha y Mamá Elena fungieron como pecho bueno y pecho malo, respectivamente. Melanie Klein expresó la relevancia de esto conceptos de la siguiente forma:

Desde un comienzo, la frustración y la satisfacción moldean la relación del niño con el pecho bueno querido y con el pecho malo odiado. La necesidad de manejar la frustración y la agresión resultante es uno de los factores que conducen a idealizar el pecho bueno y la madre buena y consecutivamente a intensificar el odio y los temores al pecho y a la madre malos, que se convierten en el prototipo de todos los objetos perseguidores asustadores (410) [11].

Mamá Elena era violenta, se colocó en el lugar de quien preserva la tradición. Otro ejemplo, además de la ya citada costumbre de que la hija mejor debía quedarse soltera para cuidar a su progenitora hasta su muerte, está en el momento en que al cocer sus vestidos, mamá Elena notó que el de Tita era el más perfecto, con todo y que su hija no lo hilvanó. Entonces, hizo que descociera la prenda, la hilvanara y la volviera a coser.

En el mismo sentido, la matriarca del clan de los De la Garza impulsó el compromiso de Rosaura con Pedro Muzquiz, el novio de Tita, quien aceptó desposar a Rosaura, porque era la única manera posible de estar cerca de su amada. Aunque debe mencionarse que los varones de la novela suelen ser débiles, quedan a la vera de las mujeres, tal pasa con el padre de Tita, Pedro Muzquiz y, aunque era un caballero, aplica también para el doctor Brown. Tita de modo constante vivió no sólo violencia, si no humillaciones de su madre, ella tuvo que preparar el banquete para la boda de su Rosaura con Pedro Muzquiz. Uno de los elementos de mayor relevancia en la novela es cómo los estados de ánimo de Tita se transfieren a los alimentos. Justo, al pastel de la boda de Rosaura y Pedro, le cayeron lágrimas de tristeza de Tita y eso provocó que todos quienes lo comieron, se enfermaran. Lo que le costó a Tita una paliza de parte de su progenitora, al grado de quedar postrada en cama.

Tras la boda, los recién casados tardaron tiempo en poder consumir sus nupcias, pero finalmente llegó al mundo un niño. Desafortunadamente, en ese momento, Tita se encontraba sola con su hermana y tuvo que ayudar a su sobrino a llegar al mundo. “Tita, arrodillada frente a Rosaura, con gran desesperación pidió a Nacha que la iluminara en estos momentos. ¡Si era posible que le dictara algunas recetas de cocina, también era posible que le ayudara en este difícil trance! Alguien tenía que asistir a Rosaura desde el más allá, porque los del más acá no tenían manera” (78) [10]. Rosaura no tenía leche, contrataron una nodriza, sin embargo, murió en un tiroteo. El niño rechazó toda bebida o infusión que intentaron darle, hasta que Tita, desesperada, le ofreció uno de sus pezones para que la criatura por lo menos se entretuviera, ante la sorpresa de Tita: “separó al niño de su pecho y vio cómo le brotaba un chisquete de leche” (81) [10]; algo inverosímil por tratarse de una mujer virgen, no obstante: “Tita tuvo desde ese día leche suficiente como para alimentar no sólo a Roberto sino a otros dos niños más, si así lo hubiera deseado” (83) [10]. Así, se puede constatar que Tita –como lo hizo en su mo-

mento Nacha con ella—, realizó función materna con su sobrino. Sin embargo, cuando llegó el bautismo del niño —a instancias de mamá Elena, quien temía los acercamientos entre Pedro Muzquiz y Tita—, la familia Muzquiz emigró a San Antonio, Texas, donde, aparentemente, Roberto murió de inanición. Cuando Tita se enteró, sufrió una crisis que decantó en un aparente rapto de psicosis. Le gritó a su madre: “¡Usted es la culpable de la muerte de Roberto!” Después de eso, tomó un pichón que cuidaba, una cubeta con lombrices con las que alimentaba al ave y subió al palomar. Mamá Elena, llevada por su característica violencia, mandó quitar la escalera para que su hija pasara toda la noche ahí. A la mañana siguiente mamá Elena, envió a Chenchá a bajar a Tita, a quien encontraron con el pichón muerto entre las manos; aparentemente el ave murió por exceso de alimento, pareciera que Tita transfirió en el pichón la imagen de su sobrino. Tita no reconoció a Chenchá. Cuando mamá Elena se enteró, exclamó: “Muy bien, si está como loca va a ir a dar al manicomio. ¡En esta casa no hay lugar para demones!” (103) [10]. Y mandó traer al doctor Brown para que se llevara a su hija a internar. El doctor Brown la encontró desnuda, con la nariz rota, toda llena de suciedad de palomas, con plumas pegadas en el cuerpo y en posición fetal. Después de mucho tiempo, logró bajar a Tita del palomar, la vistió, la subió a su carreta y se la llevó.

Pero el doctor Brown no internó a Tita, le dio alojamiento en su casa, donde la cuidó, hasta que ella se recuperó. Tita no pensaba volver al rancho, pero éste fue atacado por unos bandidos que violaron a Chenchá y dejaron parapléjica a mamá Elena de un golpe. Así, Tita regresó a cuidar a su madre. Pero mamá Elena comenzó a tener delirios de persecución, creía que Tita la quería envenenar. Su miedo fue tanto que comenzó a tomar hipecuana, un “vomitivo [...] tan fuerte que puede provocar la muerte”, según explicó el doctor Brown.

Aquí resulta importante apuntar que, por un lado, Tita tuvo un rapto de psicosis ante la muerte de Roberto —quien puede entenderse como su hijo simbólico, pues era el primogénito del hombre que amaba y ella lo amamantó—, y, por el otro, mamá Elena comenzó a delirar con que su propia hija la estaba envenenando, al grado de que, aunque de modo accidental, ella misma se dio muerte. Si bien, no se pueden hacer más que conjeturas, vale la pena resaltar el rapto de psicosis de Tita y los delirios de envenenamiento de mamá Elena, que de hecho le provocaron el pasaje al acto. Si se conta-

ran con más datos ambos sucesos deberían leerse juntos como parte de eslabones entre la psique materna y la de la hija.

La muerte de mamá Elena permitió develar su secreto. La difunta tenía colgado en el cuello un dije en forma de corazón, dentro del que había una pequeña llave, mismo que correspondía a un cofrecillo que Tita sabía que estaba en el ropero. En el interior, Tita encontró unas cartas de un “tal José Treviño” y un diario, donde “se enteró de la verdadera historia de amor de su madre. No le habían permitido casarse con él pues tenía en sus venas sangre negra” (142) [10], por lo que “Cuando los padres de Mamá Elena habían descubierto el amor que existía entre su hija y este mulato, horrorizados la obligaron a casarse con Juan de la Garza, su padre” (142) [10]. De hecho, Gertrudis era hija de José Treviño y no de Juan de la Garza, sin embargo, el mulato fue asesinado por “un hombre desconocido”, cuando iba a huir con su amada.

Lo anterior provocó que Tita se identificara con su progenitora: “Durante el entierro[,] Tita realmente lloró por su madre. Pero no por la mujer castrante que la había reprimido toda la vida, si no por ese ser que había vivido un amor frustrado. Y juró ante su tumba que ella nunca renunciaría al amor, pasara lo que pasara” (143) [10].

Sin embargo, la sombra de Mamá Elena seguía presente más allá de la muerte. Cuando Rosaura y Pedro Muzquiz volvieron al rancho, Pedro ya no pudo evitar alejarse de su cuñada, se entregaron uno al otro y Tita tuvo un embarazo psicológico. En esos días, el fantasma de Mamá Elena, furioso, se le apareció a Tita:

—¿Ya viste lo que estás ocasionando? Pedro y tú son unos desvergonzados. Si no quieres que la sangre corra en esta casa, vete a donde no puedas hacerle daño a nadie, antes de que sea demasiado tarde.

—La que se debería de ir es usted. Ya me cansé de que me atormente. ¡Déjeme en paz de una vez por todas!

—No lo voy a hacer hasta que te comportes como una mujer de bien, ¡o sea, decentemente!

—¿Qué es comportarse decentemente? ¿Cómo usted lo hacía?

—Sí.

—¡Pues eso es lo que hago! ¿O no tuvo usted una hija ilícitamente?

—¡Te vas a condenar por hablarme así!

—¡No más de lo que usted está!

—¡Cállate la boca! ¿Pues qué te crees que eres?

—¡Me creo lo que soy! Una persona que tiene todo el derecho a vivir la vida como mejor me plazca. Déjeme de una vez por todas, ¡ya no la soporto! Es más, ¡la odio, siempre la odié!

Tita pronunció las palabras mágicas para hacer desaparecer a Mamá Elena para siempre (200) [10].

Este diálogo es uno de los momentos más importantes de la novela, Tita finalmente logró deshacerse del fantasma de su madre. Le expresó su sentir, su odio. Diversas teorizaciones podrían citarse en el sentido de aquello que constituye al ser humano, por ejemplo, la parte física, la psíquica y lo social. Por ello, el que finalmente lo biológico y lo mental correspondan a la misma edad es algo por demás valioso. Para este entonces, Tita era una mujer madura en lo físico, pero en lo mental no había elaborado del todo ese corte que todo ser humano debe realizar en su existencia —y que caracteriza parte de los trabajos de la adolescencia—, el de reclamar un lugar en el mundo para sí, más allá de los supuestos paternos y asumir las decisiones de tu existencia y cortar, en el caso de Josefita, el cordón umbilical simbólico que todavía la unía con su progenitora. Françoise Dolto resaltó: “Un individuo sale de la adolescencia cuando la angustia de sus padres no le produce ningún efecto inhibitor” (21) [12].

RECORDAR, REPETIR, REELABORAR

En el texto de Freud que lleva por título este apartado, el padre del psicoanálisis plantea la imperante necesidad de hacer consciente lo inconsciente, de tomar claridad de las repeticiones y hacer algo con ello mediante el psicoanálisis y la transferencia [13].

Tita, aunque no en un proceso clínico, hizo lo propio, porque además de su juramento sobre la tumba de Mamá Elena de amar sin importar las consecuencias de ello —para no repetir la misma historia de su progenitora y quedar limitada por el peso de los mandatos familiares y la tradición—, veló por su sobrina, Esperanza, la única hija de Rosaura, quien tendría que seguir la costumbre de cuidar a su madre hasta que falleciera.

De hecho, Pedro Muzquiz le quería poner Josefita a su hija, pero Tita se negó, en cambio sugirió el nombre de Esperanza —nominación simbólica si se tiene en cuenta la historia de la caja de Pandora, donde tras la salida de todos los males, lo último en salir fue la Esperanza—. Tita hizo con Esperanza función materna, tal como lo realizó Nacha con ella, porque Rosaura tras el alumbramiento no la pudo alimentar, entonces, la re-

ción nacida tuvo que ser atendida por su tía en la cocina: “así que con tés y atoles crecía de lo más sana entre los olores y los olores de este paradisíaco y cálido lugar” (152) [10]. Si se mira con atención esto, se puede ver la correlación, según la teorización kleiniana, de pecho malo: Mamá Elena-Rosaura; pecho bueno: Tita-Nacha.

Tras el fallecimiento de Mamá Elena, Tita y Rosaura tuvieron una charla incómoda donde cada una le recriminó a la otra sus enojos, parte central de la discusión fue el triángulo incestuoso entre ellas y Pedro Muzquiz, pero también el futuro de Esperanza: “No voy a permitir que a tu hija la envenenes con las ideas de tu enferma cabeza. Ni voy a dejar que le arruines la vida obligándola a seguir una tradición estúpida” (215) [10].

A pesar de la reticencia de Rosaura, Esperanza no repitió la tétrica tradición, pues se casó con Alex, el hijo del doctor Brown, amén que para entonces ya había muerto su madre, merced de un fétido malestar estomacal. Al ir a ver a su esposa, Pedro Muzquiz se encontró con: “una Rosaura de labios morados, cuerpo desinflado, ojos desencajados, mirada pérdida, que daba su último y flatulento suspiro” (234) [10].

Tita recordó, repitió y reelaboró su historia familiar para romper el bucle de la tradición que ataba a las hijas menores a convertirse en las cuidadoras de sus progenitoras. Al final de la novela, Tita se consume de amor –tras haberse entregado plenamente a Pedro Muzquiz (quien fallece de un paro cardíaco como el propio padre de Tita)–, al grado de provocar un incendio donde muere, sin embargo, previo a ello logró resignificar –y romper– con el ominoso legado familiar para fortuna de las generaciones futuras.

CONCLUSIONES

Como agua para chocolate, en su aparente sencillez, permite ver diversos elementos esenciales de la clínica de lo transgeneracional: un fantasma más allá de la generación inmediata –regularmente tres o más–, la repetición de lo ominoso, los traumas familiares y sus consecuencias, pero, por el otro lado, también la posibilidad de reelaborar la situación y romper la oscura herencia; de lograr una subjetividad, un lugar propio, frente al bosque familiar.

Asimismo, cuando se aborda la historia de Mamá Elena más allá de lo lineal, se observa a una mujer que sufrió, también víctima de los mandatos familiares –y sociales; el

México decimonónico era sumamente racista y clasista—. Ante ello, a pesar de su propio suceso traumático, Mamá Elena se colocó en el lugar de la guardiana de la tradición y hasta podría pensarse que ello explicaría en gran medida su crueldad con Tita, quien le revivió los recuerdos de un amor prohibido, y todavía más, que se atrevió a ir contra los mandatos familiares, recuérdese que Freud explicó que la pulsión es “aleada” –véanse Las cartas entre Freud y Einstein y Destinos de pulsión–, es decir, se puede tornar en su contrario. ¿Qué tanto de Mamá Elena se revivió –y repitió– en la historia de Tita? Psíquicamente a quién castigaba Mamá Elena, ¿a Tita o así misma por la trasgresión que en su momento hizo a los mandatos familiares al enamorarse de un hombre de piel oscura y de menor clase que ella y hasta procrear a su hija mayor?

En ese sentido resulta importante recuperar el concepto de “identificación alientante”, desarrollado por Haydée Faimberg. Esta autora menciona que los padres están “inscritos” en la realidad psíquica inconsciente del paciente. Así, los padres “internos del paciente” “no pueden amar al niño sin apropiarse de su identidad y no pueden reconocer su independencia sin odiarlo y someterlo a su propia historia de odio” (32-33) [14]. Entonces, como hizo Tita con su historia familiar, Faimberg plantea que uno de los caminos para hacer el debido corte con esa situación está en “la desidentificación (y la desalienación) es la condición para liberar el deseo y constituir el futuro” (34) [14].

La novela también expone un par de ángulos de la tradición. Hay costumbres que lastiman, que hieren al individuo y que como tal deben rebasarse, dejarse atrás como el acto de que la hija menor tenía que quedarse a cuidar a su madre hasta la muerte, postura representada por Mamá Elena y Rosaura, frente a una tradición como el perpetuar la cocina, de hacer del alimento algo nutricio, como lo muestran Nacha y Tita. Ambos ángulos encuentran resonancia de las ideas kleinianas de pecho malo-pecho bueno, que se plantearon en un par de momentos del presente trabajo. Vale la pena concluir estas líneas con la pregunta: ¿Con qué pecho y leche alimentamos a nuestros *infans*?

NOTAS

(1) Roland Chemama señala que cuando la teoría y el método psicoanalítico se movilizan para analizar algo diferente a la “cura” como “las obras literarias o artísticas, las religiones, las instituciones, la medicina, la economía, la política, la justicia, el deporte y

cualquier otra disciplina” tiene lugar el psicoanálisis aplicado (329) [1]. Para una visión panorámica a lo largo del tiempo, sobre este concepto, véase, (865-869) [2].

[II] Trans significa “al otro lado de” o “a través de”; y generacional: “Pertenece o relativo a una generación de coetáneos” (DLE). Lo que permite construir una definición cercana a “lo que está al otro lado, o más allá de una generación de coetáneos”. Sin embargo, desde el ámbito clínico, hay que detallar más el concepto. Lo transgeneracional puede abordarse desde diversos ángulos. Por ejemplo, Anne Ancelin Schützenberger, al explicar su trayectoria en el campo de lo transgeneracional, reconoce su deuda con diversos autores y conceptos, tales como: Sigmund Freud (el inconsciente y lo no expresado), Carl Gustav Jung (el inconsciente colectivo); Jacob Levy Moreno (co-consciente y el co-inconsciente familiar y grupal); Nicolás Abraham y sus alumnos, así como Iván Boszormenyi-Nagy (transmisión transgeneracional), entre otros. Véase: [3]. Por su parte, Diana Paris menciona al psicoanálisis como uno de los principales sostenes en lo que se ha dado por llamar “psicogenealogía” o “psicología transgeneracional”. Asimismo, menciona la diversidad de enfoques que se han abierto para el estudio de lo transgeneracional, los cuales van desde las neurociencias hasta el chamanismo y la psicomagia.

Paris da testimonio de su propio proceso:

En mi propia experiencia de trabajo, prefiero los soportes que ofrece el psicoanálisis, los mitos, los contextos históricos, la literatura y los casos clínicos recogidos en la práctica, así como mi propia biografía; abro un abanico que me permite analizar con amplitud los árboles genealógicos, los relatos familiares y los bloqueos afectivos que aparecen en determinados momentos de nuestra historia personal (18) [4].

Por otro lado, en lo que respecta a este trabajo se siguieron, principalmente, las ideas de Freud, Abraham, Török y Tisseron, entre algunos otros.

(III) Este genograma se realizó con la información de Como agua para chocolate de Laura Esquivel [10] y se usaron los principales conceptos que Verónica Mc Goldrick y Randy Gerson usaron en Genogramas en la evaluación familiar [8].

BIBLIOGRAFÍA

- [1] CHEMAMA, R. (2005). Diccionario de psicoanálisis. Argentina: Amorrortu, 2006.
- [2] ROUDINESCO, É., y PLON, M. (1997). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós, 2008.
- [3] SCHÜTZENBERGER, A. (2008). ¡Ay, mis ancestros! Buenos Aires: Taurus, 2014.
- [4] PARIS, D. (2014). Secretos familiares. Barcelona: DNX, 2015.
- [5] FREUD, S. (1914). Introducción al narcisismo. O. C. Tomo XIV. Amorrortu: Buenos Aires, 2012.
- [6] TISSERON, S. (1995). 1. Introducción. El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. En: TISSERON, S., TOROK, M., y Cols. El psiquismo ante la prueba de las generaciones, Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- [7] LACAN, J. (1938). La familia. Buenos Aires: Argonauta: 1978.
- [8] MC GOLDRICK, M. y GERSON, R. (1985). Genogramas en la evaluación familiar. Gedisa: Barcelona, 2000.
- [9] ABRAHAM, N y TOROK, M (1987). La corteza y el núcleo. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- [10] ESQUIVEL, L. (1989). Como agua para chocolate. México: Planeta, 1993.
- [11] KLEIN, M. (1945). El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades. O. C. Amor, culpa y reparación y otros trabajos (1921-1945). Tomo I. México: Paidós, 2008.
- [12] DOLTO, F. (1990). La causa de los adolescentes. México: Seix Barral, 1992.
- [13] FREUD, S. (1914). Recordar, repetir, reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). O. C. Tomo XIV. Amorrortu: Buenos Aires, 2012.